

LA JOVEN AMÉRICA Y LA GUERRA CON MÉXICO*

Robert W. JOHANSEN

University of Illinois

EL 4 DE MARZO DE 1845, UN DÍA FRÍO Y LLUVIOSO en Washington, D. C., James Knox Polk se encontraba de pie en la terraza oriental del Capitolio, protegido con un paraguas, mientras leía su discurso inaugural. A los 49 años de edad era el presidente más joven en la historia de la nación, y aún no se había acostumbrado al inesperado golpe de suerte que le había concedido la nominación de su partido y su triunfo sobre Henry Clay, uno de los dirigentes más respetados y experimentados del país, en las elecciones de 1844. En sus comentarios iba más allá del usual recitado de los principios que guiarían su administración, y abordaba el sentido que tenía Estados Unidos para él. “Esta tierra favorecida por los cielos”, declaraba, disfruta del “más admirable y sabio sistema de autogobierno bien regulado [...] jamás concebido por mente humana”, donde la llama de la libertad calienta “el corazón de millones de felices” e invita a “todas las naciones de la tierra a imitar nuestro ejemplo”. Bajo la benigna influencia de su gobierno republicano, los estadounidenses eran “libres de mejorar su propia condi-

* Esta ponencia fue presentada originalmente en el Symposium US Mexican War y Fourth Annual Palo Alto Conference, organizada y patrocinada por la Universidad de Texas en Arlington, octubre 25-26, 1996. El Center for Greater Southwestern Studies and History of Cartography de la universidad, concedió el permiso de publicar esta traducción.

ción por el ejercicio legítimo de todos sus poderes físicos y mentales” y les estaba “permitido buscar colectiva e individualmente su propia felicidad a su manera. ¿Quién asignará límites”, preguntaba Polk, “a los logros de mentes libres y manos libres bajo la protección de esta gloriosa Unión?”.¹

Fue una clara declaración de fe del presidente más joven de una joven nación. Muchos elementos románticos estadounidenses llamaban el espíritu de la época, tienen eco en las declaraciones de Polk: la provisión providencial, el llamado al corazón de la gente, la libertad del individuo dentro de un sistema de autogobierno popular, la ausencia de límites a la capacidad de los individuos de mejorar. Los sentimientos no eran nuevos, pero no fue hasta que el país se acercó a la mitad del siglo XIX que se volvieron elemento de la fe nacional.

Ralph Waldo Emerson, uno de los voceros de la América romántica, predicó un evangelio de esperanza y optimismo, instó a los individuos a ser creativos, cuestionó las convenciones, censuró la “consistencia insensata” y llamó a las instituciones a rendir cuentas. En un discurso pronunciado en Boston a principios de 1844, un año antes de que Polk subiera al poder, invitó a los jóvenes estadounidenses a que “obedezcan a su corazón, y sean la nobleza de esta tierra”. Guiado por lo que él llamaba un “destino sublime y amistoso”, Estados Unidos era “el país del futuro [...] un país de comienzos, de proyectos, de grandes diseños y expectativas”. Libres de los inhibidores vínculos de la tradición, los estadounidenses podrían “inspirar y expresar el espíritu más expansivo y humanitario” y hablar por toda la raza humana. “El continente de la abundancia es nuestro”, recordó a su público, “estado por estado y territorio por territorio, hasta las olas del Océano Pacífico”.²

Pocos estadounidenses igualaron la elevada retórica del periodista neoyorquino John Louis O’Sullivan, cuyo *Democratic Review* se volvió una luz guiadora del nacionalismo

¹ POLK, 1897, pp. 373-376.

² EMERSON, “The Young American”, en *Dial*, IV (abr. 1844), pp. 484-507, reimpreso en JOHANNSEN, 1988, pp. 7, 10 y 15.

romántico. “Somos la nación del progreso humano”, escribió en 1839, “y ¿quién pondrá, quién puede poner, límites a nuestra marcha hacia adelante?”. Indicando la “eterna verdad” del documento fundador de Estados Unidos, la declaración de independencia, O’Sullivan encontró sanción providencial en una misión estadounidense. “El ilimitado y extenso futuro será la era de la grandeza americana”, declaró. Estados Unidos, creía, estaba “destinado a manifestarle a la humanidad la excelencia de los principios divinos [...] a establecer sobre la tierra la dignidad moral y [la] salvación del hombre” y la “inmutable verdad y beneficencia de Dios”. Una gran orden para una nación joven, aunque en las mentes de estos voceros América era única, sin un pasado que impidiera su progreso, sólo un futuro para definirlo. Seis años más tarde O’Sullivan le dio una etiqueta a su creencia al reacomodar sus palabras “destinado a manifestarle” como “destino manifiesto”.³

En un lenguaje bordado de hipérbolos, las expresiones populares del nacionalismo romántico de América fluían de las plumas de escritores y poetas, de clérigos y reformadores humanistas, y también de políticos. Al rechazar todos los límites y expresar impaciencia hacia las restricciones al esfuerzo humano, creían que nada estaba más allá del alcance de los individuos. El progreso, la salvación e incluso la perfección se volvieron cuestión de voluntad individual. La emoción e intuición sustituyeron al limitante y frío racionalismo de otros tiempos. Confían en sus corazones, aconsejaban los románticos, no en sus cabezas. “Hay un espíritu en el hombre”, declaró el historiador George Bancroft, “que es la guía hacia la verdad”.⁴

Lo que era verdad para los individuos era verdad para las naciones. Era “una época impresionante”, y pertenecía a Estados Unidos. “En unos breves años de existencia”, exclamó un escritor, el país había “logrado un trabajo de siglos”. Los

³O’SULLIVAN, 1839, pp. 426-430. Respecto a este primer uso de la frase “destino manifiesto” véase O’SULLIVAN, 1845, p. 5.

⁴George Bancroft, 1855, pp. 408-435; reimpresso en BLAU, 1954, pp. 263-273, citas en p. 263.

descubrimientos tecnológicos, de efectos aturdidores, habían surgido, uno después de otro, del genio inventivo de la nación. El ferrocarril y el telégrafo magnético aniquilaban tanto a la distancia como al tiempo. “Viajamos con vapor y conversamos con relámpagos”, se decía. “El hierro del ferrocarril”, presumía Emerson, “es una vara de mago por su poder de evocar las energías durmientes de tierra y agua”.⁵

Era una época de movimiento, declaró el influyente editor periodístico Horace Greely, en la que quedarse quieto significaba estar atrás. La locomotora se volvió una metáfora de la nación. América era un país que “va adelante”, y los estadounidenses eran un pueblo que “va adelante”. “Ir adelante” se volvió un lema nacional, tan intrigante como incomprendible para Charles Dickens, que intentó desentrañar su sentido durante la visita que efectuó a Estados Unidos en 1842. Cualquier persona que viajara en algo más lento que una locomotora, anunció con solemnidad un dirigente político, no podía ir al ritmo del espíritu de la época.⁶

A los extranjeros que viajaron a Estados Unidos durante las décadas de 1830-1840 les molestó de manera particular el alarde y las bravatas que encontraban en sus viajes, en los vagones de tren, en las posadas y restaurantes del campo y en los hoteles metropolitanos. Como pueblo, decían, los estadounidenses eran más impetuosos que ningún otro, característica que atribuían a su “maravilloso crecimiento”, su prosperidad y la “salvaje libertad” que fomentaban sus instituciones. El lenguaje del pueblo, extravagante y exagerado, se sumaba a su credo: “No hay nada que no podamos hacer; pocas cosas que no intentemos; ninguna altura a la que no estemos seguros de poder llegar; ningún imperio que no terminemos por derrocar”.⁷

Hacia mediados de 1840, el fastidio se había convertido en burla, especialmente entre los escritores ingleses que se mofaban de las “cualidades ubicuas de la nación ‘Yankee’ universal”. Se ofendían por declaraciones como que Zachary

⁵ FISHER, 1850, I, pp. 109; DONIPHAN, 1848, p. 18, y EMERSON, 1988, p. 7.

⁶ GREELEY, 1848, p. 54 y DOUGLAS, en JOHANNSEN, 1989, p. 92.

⁷ *Southern Quarterly Review*, XIV (oct. 1848), pp. 511-512.

Taylor era un dirigente militar más brillante que Napoleón o Wellington. Y reaccionaron con asombro ante la afirmación de que la marcha de los voluntarios de Missouri, a través de los desiertos del norte de México, bajo el mando del coronel Doniphan, sobrepasaba la retirada de Persia del antiguo ejército griego bajo Jenofonte. Un periódico de Londres manifestó su hartazgo, argüía: “El verdadero yankee no podría descansar” ni en el mismo paraíso si pudiera viajar más hacia el oeste. “Debe seguir adelante.” Cuando Alexander Mackay viajó por Estados Unidos durante la guerra con México observó los debates de la Cámara de Representantes, donde escuchó asombrado a un congresista citar el libro del Génesis para probar que Estados Unidos tenía derecho a todo Oregon.

Las reacciones inglesas ante la guerra con México, especialmente en sus primeras etapas, a menudo asumían un tono irrisorio y desdeñoso. Los estadounidenses estaban indignados por la despectiva censura que hizo el historiador británico Archibald Alison del ejército de Estados Unidos como inadecuado e insuficiente para sostener una guerra con México. Con una fuerza sólo equivalente a una legión romana o a la quinta parte del ejército de Bavaria, compuesta por militares provincianos mal entrenados y sin experiencia, Alison predijo que Estados Unidos sólo encontraría desastres en la contienda con México.⁸

Estos ataques eran devueltos en el mismo tono por escritores estadounidenses, cuyas nuevas cumbres verbales se combinaban a menudo con una cáustica anglofobia. Walt Whitman, editor de un periódico de Brooklyn, desdeñaba las calumnias dirigidas contra el “Yankeedoodleo” simplemente como otra demostración de la “mediocridad rencorosa” de Gran Bretaña. “Dejen que el Viejo Mundo se revuelque bajo su onerosa carga de forma y conservadurismo”, escribió Whitman, “nosotros somos de raza y tierra más nuevas y frescas”.⁹

⁸ *Literary World*, v (1^o sep. 1849), pp. 181-182, cita al *Athenaeum* de Londres, 1134 (21 jun. 1849), p. 736; MACKAY, 1849, I, p. 301, y ALISON, 1848, XIX, pp. 39-40.

⁹ WHITMAN, 1920, I, pp. 32-33 y 46-47.

“Raza y tierra más nuevas y frescas”, las palabras de Whitman tenían una resonancia especial en la América de mediados de 1840. La juventud y vitalidad de Estados Unidos se dramatizaba repetidamente comparándolo con una Europa debilitada y decadente, donde príncipes y monarcas sofocaban las aspiraciones democráticas del pueblo. Ningún contraste estaba ilustrado con términos más gráficos que el de un viajero que regresaba de un recorrido por Europa: “Europa es anticuada, decrepita y está tambaleándose al borde de la disolución”, decía a sus compatriotas estadounidenses. “Los productos más selectos de sus tierras clásicas consisten en reliquias, ¡que permanecen como triste memoria de sus glorias pasadas y caída grandeza! Elevan el recuerdo de los muertos, ¡pero no inspiran esperanza alguna para los vivos! Aquí todo es fresco, floreciente, se expande y avanza.”¹⁰

Estados Unidos, se les recordaba en toda ocasión a los estadounidenses, era una nación nueva, nacida de la Revolución y dedicada a los ideales de su carta fundadora. “Recién nacida, libre, saludable [y] fuerte”, como lo expresaba un escritor, América había roto sus vínculos no sólo con un pasado caduco, sino también con los sistemas anticuados de las monarquías absolutistas europeas, y había emprendido un experimento único de gobierno democrático con todo el vigor, seguridad y energía de la juventud. Se había abierto una nueva época, y algunos sostenían que ameritaba una nueva escala temporal. Se aconsejaba a los jóvenes estadounidenses ser “fieles a su fe”, pues su tarea, de acuerdo con un prospecto para “América en 1846 [era] extender hacia toda la gente del continente americano [...] las instituciones basadas en la luz de la razón y la verdad, en los beneficios y derechos inherentes e iguales para todos los hombres”.¹¹

“Joven América” se volvió un lema popular, y los tributos al “joven americano” se volvieron tema de poetas y ensayistas. Para varios letrados del país, la joven América también

¹⁰ DOUGLAS, 1853.

¹¹ EMERSON, 1988, p. 10 y 1846, pp. 57-64, cita en p. 64.

fue más que una frase popular. Imbuidos de las corrientes de un romanticismo estadounidense, buscaban crear una literatura nacional que hablara al corazón, una literatura para el pueblo que respirara el espíritu de la democracia y reflejara la singularidad del papel de América en el mundo —en otras palabras, una literatura distintivamente americana, que correspondiera a los ideales y aspiraciones de la joven América.¹²

En diciembre de 1845 Edwin DeLeon, editor sureño y supuesto “vástago de esta joven América”, publicó un discurso titulado “Posición y deberes de la ‘joven América’”, que proporcionaba al concepto una base filosófica. No había nada muy original en su declaración, pero como apareció en un momento en que el pensamiento popular estaba particularmente receptivo, se ha dado a DeLeon el crédito de desencadenar un movimiento, papel no muy distinto al de John O’Sullivan, quien usó por primera vez la frase “destino manifiesto” durante el mismo año.

“Las naciones,” escribió DeLeon, “al igual que los hombres, tienen las etapas de infancia, vigor viril y decrepitud”. Estados Unidos, el “joven gigante del oeste”, estaba “en pleno resplandor de una exultante hombría, y los desgastados poderes del Viejo Mundo no pueden esperar restringir o impedir su progreso hacia adelante”. Al plantear lo que se ha llamado una teoría orgánica de la nacionalidad, De Leon reiteraba un elemento significativo del pensamiento romántico popular. La noción de que el crecimiento y desarrollo —cambios orgánicos— se aplicaban a las naciones como a los individuos, y que, por lo tanto, cada nación desarrollaba su propia y única personalidad (a menudo llamada “genio nacional”), se volvió una de las creencias centrales de la joven América.

DeLeon se expresó en un momento de creciente tensión y miedo a la guerra: con Gran Bretaña por la cuestión de la frontera con Oregon, un asunto de considerable

¹²STAFFORD, 1952, pp. 82-94. Véanse también dos artículos del *Democratic Review*. “Nationality in Literature”, xx (mar. 1847), pp. 264-272 y “Nationality in Literature”, xx (abr. 1847a), pp. 316-320.

preocupación; y con México por la anexión de Texas, un asunto de preocupación menor. Ya fuera en Texas o en Oregon, dondequiera que la extensión del área libre llegara a Estados Unidos, agregaba DeLeon, estemos preparados para protegerlo contra el “pie profano de cualquier enemigo extranjero”.¹³

Una porción importante del discurso de DeLeon estaba dedicado a hacer un fuerte llamado a la literatura nacional, que ya a mediados de 1840 se había vuelto la tarea más urgente de la joven América. Una nación, insistía, se conoce por la literatura que produce, y ya era hora de que los estadounidenses rompieran su dependencia literaria con Gran Bretaña. Elogiaba a aquellas figuras que llevaban la delantera: Washington Irving, a quien llamaba el “pionero de la joven América”; el historiador George Bancroft y escritores de ficción como James Fenimore Cooper y William Gilmore Simms. Lo que necesitaba la nación, repetía, era una “literatura juvenil” que fuera tan joven y vigorosa como la misma América.

Los recursos para una literatura nacional, señalaba DeLeon, estaban a la mano, esperando ser aprovechados por el escritor talentoso e imaginativo. “¿Qué país” exhortaba, “ha poseído hasta ahora materiales más ricos para la historia, la elocuencia, la poesía y la canción, que el nuestro?” La historia del asentamiento de las colonias estadounidenses, sugería, constituía “una épica nacional de la más grande escala”. Además, los escritores estadounidenses debían buscar más allá de las fronteras de la nación, en México y Centroamérica, donde un “rico yacimiento de mineral literario” estaba sepultado entre los sepulcros y monumentos de sus antiguas civilizaciones.¹⁴

Para DeLeon Estados Unidos estaba madurando, pasando a una edad viril en un momento en que las vidas de los estadounidenses estaban cambiando dramáticamente de maneras distintas, espoleadas por el surgimiento de un sis-

¹³DELEON, 1845, p. 25. Más sobre el “nacionalismo orgánico”, en CURTI, 1926, pp. 34-55 y 1946, pp. 174 y ss.

¹⁴DELEON, 1845, p. 24.

tema industrial, los adelantos tecnológicos en comunicaciones y transportes, el crecimiento de las ciudades y un incremento en el flujo de inmigrantes de Europa. Mientras tanto, los estadounidenses estaban realmente desbordando sus fronteras. Un comercio en expansión, el aumento en los viajes posibilitados por el uso del vapor en mar y tierra, y un intensificado interés por las exploraciones, los estaban llevando a lejanos rincones del orbe. Barcos Clíper llevaban y traían bienes entre los puertos de la costa oriental del país y los de China, mientras las grandes y cargadas carretas que se abrían paso hacia el norte de México convertían el sendero Santa Fe en una transitada carretera. Comerciantes de pieles recorrían el norte y centro de las montañas Rocallosas, internándose en California y el noroeste del Pacífico, y un floreciente comercio costero trajo mercaderes de Nueva Inglaterra a las costas californianas. También barcos balleneros de puertos del noreste llevaban la bandera estadounidense hacia los océanos Pacífico e Índico.

Exploraciones financiadas por el gobierno tuvieron conocimiento sobre áreas remotas del mundo y demostraron que la República tenía la voluntad y los recursos para llevar a cabo una vigorosa extensión de su influencia. Las expediciones navales a Oregon, la cuenca del Amazonas, Paraguay, África occidental y Medio Oriente, así como las expediciones terrestres de John C. Fremont, expandieron los horizontes de los estadounidenses, a la vez que despertaron su interés romántico por la naturaleza, el paisaje y los pueblos nativos. El esfuerzo más ambicioso fue la "Expedición Exploradora de Estados Unidos", que partió de este país en 1838 y regresó cuatro años más tarde, después de haber inspeccionado y hecho mapas de la costa oeste de Sudamérica, de California y el Pacífico noroeste, de las islas del suroeste del Pacífico y las aguas de la Antártida. La inmensa colección de especímenes de historia natural recolectados en la expedición se exhibieron en Washington, para luego ser depositados en el nuevo Smithsonian Institution. Los cinco volúmenes de recuentos de la expedición, con prometedoras descripciones de "localidades remotas y por lo tanto sin descubrir [y] razas extrañas y salvajes", se

publicaron en 1845 y fueron ampliamente leídos en los años siguientes.¹⁵

En ese momento miles de estadounidenses hacían el largo viaje por tierra hacia sus nuevos hogares en los verdes valles occidentales de Oregon, donde inmediatamente exigieron la extensión de las leyes e instituciones estadounidenses. Cientos más iban camino a California. Hacia 1846 la población de Oregon excedía los 9 000, y hasta 500 granjeros habían hecho de California su hogar, y los números seguirían aumentando.

Poco sorprende que Estados Unidos fuera considerado ampliamente como una nación que “va adelante”, y a su gente también como un pueblo que “va adelante”, y que a la época se le haya llamado la “era del movimiento”. A mediados de siglo, Estados Unidos era aún una nación en busca de sí misma, de un papel en un mundo rápidamente cambiante. La “joven América” de Edwin DeLeon y su expresión hermana, el “destino manifiesto” de John L. O’Sullivan, eran manifestaciones populares de tal búsqueda.

En 1845, el año en que tanto DeLeon como O’Sullivan emitieron sus primeros manifiestos, se puso en marcha una iniciativa para definir a la nación cambiándole el nombre. Estados Unidos, simplemente por esa denominación, evocaba una gran entidad amorfa, extensa y llena de variedad. Lo que se necesitaba, se creía, era una fuerte identificación con un lugar, con un rasgo geográfico. A principios del año la Sociedad Histórica de Nueva York designó a tres personas para conformar el Comité del Nombre Nacional, con la tarea de recomendar un nuevo nombre que identificara de manera más precisa al país. “Lo que queremos”, declaró el comité, “es un símbolo de nuestra identidad [...] Queremos una contraseña más nacional que la de ‘estados’”. El comité eligió *Allegania*, decisión que no satisfizo casi a nadie. Washington Irving, quien lo había sugerido primero, sentía que

¹⁵ Anuncio en *Democratic Review*, XVIII (mayo 1846), página sin número. La autoridad típica respecto a la Expedición Exploradora de Estados Unidos, sus contribuciones científicas y su papel en conseguir respeto hacia Estados Unidos, es STANTON, 1975.

el nombre era adecuado porque no sólo describía un rasgo geográfico importante, sino que era de origen indígena. La palabra, decía, “tiene magia”. Algunos estuvieron de acuerdo al señalar que el país estaba endeudado con los Alleghany “por gran parte de su belleza y salud”.

La iniciativa, como podría esperarse, inspiró un revuelo de sugerencias, algunas absurdas. Edgar Allan Poe prefería el “sonoro, más líquido” Appalachia al “gutural” Allegania. Otro propuso República de Washington. Un editor de Boston consideró que Yankeedonia o Yankeedum estaría bien. Finalmente, se abandonó la iniciativa por falta de apoyo, y se estuvo de acuerdo en que el nombre Estados Unidos de América, forjado en los hornos de la Revolución por los padres fundadores, se conservara como designación oficial de la nación, y que los términos “América y americanos”, aceptados por la mayoría, continuaran refiriéndose al país y a su gente. Esta última nomenclatura ya era de uso común hacia mediados de la década de 1840, no sólo en Estados Unidos, sino también en otros países. “En todo el mundo”, destacaba un observador, “se nos llama ‘americanos’”.¹⁶

La guerra con México fue la primera gran crisis nacional enfrentada por los estadounidenses durante este periodo de cambio social y económico sin precedentes, e inmediatamente se volvió un elemento significativo en el esfuerzo por definirle un papel a la joven República. Ya sea que se le llame nacionalismo romántico o espíritu de la época, joven América o misión y destino manifiestos, el sentimiento popular fue crítico para el crecimiento y desarrollo del país. Bajo toda la exagerada retórica que generó había ideas sustanciales que ejercieron una profunda y poderosa influencia en la formación de la nación, y éstas proporcionaron el telón de fondo ante el cual se desarrolló el drama de la guerra mexicana.

En 1848, mientras los estadounidenses esperaban noticias de la ratificación mexicana del tratado de paz, se comenzó a pensar en la necesidad de una historia de la

¹⁶ SOMKIN, 1967, pp. 110-111; TUCKERMAN, 1845, pp. 492-494; POE, 1846, p. 312, y *Niles' National Register*, 1, XVIII (12 y 19 abr. 1845), pp. 88 y 99.

guerra. Se advirtió a los aspirantes a escribirla que prestaran la debida atención al espíritu que yacía detrás de los hechos. Los que creían que “los ‘hechos’ de la historia se dan cuando cada enunciado se emite con precisión”, expresó un autor, confunden el carácter de su tarea, pues el “hecho más importante de todos es el sentir que originó el movimiento, y el entusiasmo que lo llevó adelante”.¹⁷

Lo que este escritor llamaba “sentir”, y que otros denominaban “espíritu”, fue evidente desde el principio de la guerra en la respuesta de los jóvenes estadounidenses al reclutamiento de voluntarios. Muchos de los que respondieron estaban motivados por una sed de aventuras combinada con un sentido del deber patriótico. Se percibían como viajeros, exploradores y pioneros (llamándose los voluntarios de “adelante”), al abrir una ventana más por la cual los estadounidenses en casa podían ver un clima remoto y exótico, ampliar los horizontes del conocimiento, experimentar una tierra extraña y antigua con la cual antes sólo habían soñado y compartir su fascinación romántica con modos y costumbres ajenos y con una antigüedad que no podían encontrar en su propio país.

El “temerario espíritu de guerra” de los soldados voluntarios despertó la admiración de William Heckling Prescott, historiador de Nueva Inglaterra, que por haber hecho la crónica de la conquista española de México en el siglo XVI muchos creían que sería, por lógica, el historiador de la conquista estadounidense en el siglo XIX. Aunque se oponía a la guerra, Prescott veía en los voluntarios a los “pioneros de la civilización”, prueba de la “energía indomable” del pueblo estadounidense. “Seguimos adelante”, escribió, en un lenguaje que se hacía eco de aquellos que veían en la guerra una llegada a la edad adulta. “Seguimos adelante como un grande y robusto mocoso que se las arreglará para llegar a ser todo un hombre.”¹⁸

Para Walt Whitman, los estadounidenses que estaban peleando también reflejaban el patriotismo de la gente

¹⁷Véase *American [Whig] Review*, VII (jun. 1848), p. 653.

¹⁸WOLCOTT, 1925, pp. 629, 648 y 658.

común del país. Las manifestaciones masivas que en una ciudad tras otra celebraban las victorias en México llevaron a Whitman a declarar que no había “impulso más admirable en el alma humana que el ‘patriotismo’”. Las grandes reuniones lo convencieron de que la guerra con México era una gran misión democrática. Aunque sostenía que la superioridad militar no era por sí misma señal de grandeza nacional, creía que los triunfos en el campo de batalla elevarían “la ‘verdadera’ dignidad del pueblo americano” a un punto conmensurable con “una nación tan grande como lo es realmente la nuestra”. Como muchos otros, encontraba las raíces del patriotismo en los orígenes revolucionarios de la nación. La revolución estadounidense era continua, sin fin, que exigía vigilancia y sacrificio para que los estadounidenses de mediados de siglo se probaran dignos de su pasado. De manera constante se hacían analogías entre el “espíritu del 76” y el “espíritu del 46”, y de la misma manera se aconsejaba a los voluntarios que le mostraran al mundo que el patriotismo de los padres aún podía hallarse en los corazones de los hijos.¹⁹

La guerra tocó las vidas de los estadounidenses de manera más íntima y con mayor rapidez que cualquier otro acontecimiento hasta entonces. Al coincidir con la “explosión de prensa” de mediados del siglo XIX, de la cual los periódicos baratos fueron sólo una manifestación, la guerra se reportó con más detalle que “cualquier guerra anterior de cualquier parte del mundo”. Rápidas imprentas a vapor, técnicas innovadoras en la recolección de noticias, empleo por primera vez de corresponsales de guerra (incluyendo a muchos voluntarios que reportaban la guerra para los periódicos de sus ciudades natales), el uso del nuevo telégrafo magnético y la rápida proliferación de libros y periódicos se combinaron para llevar la guerra a las vidas de las personas en una escala sin precedentes. Los episodios del conflicto, las experiencias de sus combatientes en el campo de batalla y el campamento e incluso las intenciones y sentimientos del enemigo eran “conocidos más a fondo

¹⁹ WHITMAN, 1920, I, pp. 82-85.

por la humanidad que los de cualquier otra guerra que jamás haya ocurrido”.²⁰

La carrera por proveer al público de crónicas sobre la guerra comenzó tan pronto como aparecieron en la prensa nacional noticias de las primeras batallas en Palo Alto y Resaca de la Palma, y continuó sin interrupción durante casi todo el conflicto. Los escritores estaban impacientes, también los editores y, sobre todo, el público lector. En cuanto a los editores, éstos efectuaban carreras contra el tiempo y contra sus competidores para colocar sus historias y biografías ante el público, pues temían que la guerra acabara antes de que pudiesen ser cosechadas las recompensas del espíritu que ésta generaba. Cada soldado, se decía, se sentía historiador de la guerra; algunas de las historias que aparecieron en cuanto comenzó la lucha eran poco más que colecciones de reportes periodísticos. El resultado fue un verdadero “Niágara de libros”, obras “efervescentes de emoción”, con páginas que “arden por siempre de rojo”. Los revisores se quejaban a viva voz de los caudales de literatura que inundaban sus escritorios, y protestaban que apenas podían mantenerse al corriente de la multitud de libros generados por la guerra mexicana. Ninguna conflagración, parecía, jamás había tenido tantos cronistas. La literatura sobre la guerra, se quejaba un oponente, “penetra cada intersticio de la tierra”.²¹

Algunos voceros de la joven América, animados por la efusión del material impreso, esperaron que la guerra produjera la gran literatura nacional que sentían le hacía tanta falta al país. La guerra, predijeron, formaría una época distinta en la historia de las letras estadounidenses, pues de la contienda surgirían todos los elementos de romance y drama, de heroísmo, sacrificio y devoción patriótica que necesitarían los escritores durante muchos años. La guerra mexicana, creían, haría por las letras estadounidenses lo que las guerras napoleónicas habían hecho por las inglesas.

²⁰ MOTT, 1941, pp. 248-249 y *Niles' National Register*, I, xxiii (25 sep. 1847), p. 53.

²¹ FROST, 1848, p. 120; *Literary World*, II (4 sep. 1847), p. 115; *Southern Literary Messenger*, XXI (ene. 1855), p. 1; *Methodist Quarterly Review*, xxx (ene. 1848), pp. 84-85, y LIVERMORE, 1850, pp. 227 y 229.

Entre los primeros en responder al reto estuvieron los poetas nacionales. Sólo un mes después de haber comenzado la guerra, un periódico de Nueva York reportó que una “manía poética” estaba arrasando al país.²² Era una época de poesía, en que los periódicos presentaban, de manera regular, poemas originales en sus primeras planas y en que casi a diario se anunciaban nuevos libros del género. Algunos aspirantes a Homero al ver en la guerra un conflicto de proporciones épicas se dieron a la tarea de ofrecer a la joven América su propia *Ilíada*; como William C. Faulkner, un voluntario de Misisipí y bisabuelo del novelista del siglo XX. Tres años después de terminada la guerra Faulkner publicó, a sus propias expensas, su poema épico “El sitio de Monterrey”, de 493 estrofas, unos 4000 versos, descrito recientemente por un crítico como “la composición poética más extraña del idioma”. Otros, menos ambiciosos, decidieron que no había necesidad de crear otra *Ilíada*, pues todo el país estaba “involucrado en la actuación de una épica”.²³ Más populares eran los poemas inspirados por las batallas, y había tantos titulados “Monterrey” que era difícil distinguirlos, aunque incluso este nombre pronto quedó eclipsado por Buena Vista. Al mismo tiempo, abolicionistas como John Greenleaf Whittier, James Russell Lowell e incluso el mismo William Lloyd Garrison protestaron contra la guerra en forma poética, a veces con buenos efectos.

Aquellos escritores que se han reconocido desde hace tiempo como figuras mayores del asombroso florecimiento de la literatura estadounidense, conocido como “Renacimiento americano”, en general guardaron silencio respecto a la guerra. La única contribución de Herman Melville fue una serie de artículos cómicos, sin firma, que satirizaban a Zachary Taylor, y que aparecieron en una revista de humor.²⁴ La respuesta de Nathaniel Hawthorne a la guerra se publicó cuatro años más tarde, cuando escribió una

²² *New York Herald* (17 jun. 1846).

²³ ANDERSON, 1970, pp. 36-40 y *Literary World*, II (11 sep. 1847), p. 130.

²⁴ MANSFIELD (ene. 1938), pp. 411-418.

halagadora biografía del brigadier general y candidato presidencial en 1852, Franklin Pierce.²⁵ Emerson era ambivalente hacia la guerra, por un lado se le oponía, mientras por el otro expresaba admiración por el pueblo estadounidense que, decía, estaba “abriendo rápido su propio destino”. Aunque la rechazaba como medio de expandir la nación, Emerson creía que los estadounidenses, con su civilización superior invadirían “al cabo de los siglos”, todo el continente de manera pacífica.²⁶ Sólo James Fenimore Cooper, entonces en los últimos años de una distinguida y productiva carrera, publicó una novela de la guerra con México: *Jack Tier or, The Florida Reef*. Como fuerte seguidor de la United States Navy, a Cooper le desilusionó que el cuerpo naval no desempeñara un papel más importante en el conflicto. Por lo tanto, lo compensó escribiendo una novela sobre el tema, ambientada en el mar, ficción fantástica que tuvo poca repercusión.²⁷

Ni con todo el derramamiento de esfuerzos literarios se ajustó la guerra con México a la expectativa de que resultaría de ella una gran literatura nacional. De hecho, muchos dirigentes de la joven América comenzaron a cuestionarse si alguna guerra, si las guerras en general, inspiran verdaderamente el gran esfuerzo literario. Si bien muchas de las producciones —especialmente los romances góticos, baratos y de pastas blandas, ambientados en la guerra, a considerar: con México—, generaron percepciones populares de la guerra, apenas representaron el carácter y determinadas aspiraciones nacionales en las formas que esperaba la joven América.²⁸

¿Qué significó el final de la guerra con México para el pueblo estadounidense? Por una parte, como sugirió el *Democratic Review*, manifestaba la “reducción de nuestros enormes gastos por la retirada del ejército, y con ella el

²⁵ HAWTHORNE, 1852 y WARNER, 1975, pp. 213-220.

²⁶ GILMAN *et al.*, 14 vols., 1960-1978, IX, pp. 74 y 430-431 y EMERSON, 1849, pp. 36-50. Véase también J. Q. ANDERSON, 1959, pp. 191-199.

²⁷ COOPER, 1896 y PHILBRICK, 1961, pp. 203-209.

²⁸ Más sobre la “explosión [de literatura] de pastas blandas” aparece en JOHANNSEN, 1985, pp. 186-194.

cese del excesivo destajo que ha estado ocurriendo durante tanto tiempo”. La guerra le había costado a la nación 100 000 000 de dólares; sus demandas habían causado una sangría en especie hacia México, compensado sólo en parte por las exportaciones sin precedentes de granos estadounidenses a Europa. La noticia de la ratificación mexicana del tratado de paz coincidió con una serie de intentos por conseguir en Washington un nuevo préstamo al gobierno, y el efecto de anunciar que la guerra había terminado, se hizo evidente. El préstamo completo fue asumido por bancos estadounidenses y británicos con términos altamente ventajosos para el gobierno. “Capitalistas sagaces como son los grandes banqueros europeos”, exclamó el *New York Tribune*, “han de estar convencidos que este gobierno ya no es un experimento, y que sus bonos son tan seguros como los de cualquier endeudado país de Europa”.²⁹

Ahora, grandes y nuevos territorios se habían vuelto parte de Estados Unidos, aunque algunos estadounidenses sentían que estas áreas —las “impenetrables montañas y estrechos valles secos” de California y Nuevo México “sin caminos, sin árboles [...] y totalmente inhabitable”— resultarían inútiles para el país. Se creía que la mayor parte de la nueva tierra se volvería guarida de salvajes y forajidos, una sangría de los fondos nacionales y una constante amenaza a los asentamientos fronterizos de la nación. México, pensaban algunos, había forzado un arreglo astuto, al deshacerse de su inútil territorio y recibir de Estados Unidos 15 000 000 de dólares por el sacrificio. Un periódico “whig” [republicano] se quejó de que “no se puede alegrar seriamente que los lejanos desiertos que México nos concede sean equivalentes al dinero que recibe”.³⁰

Los estadounidenses rápidamente le asignaron a su triunfo en México un significado que reflejaba el orgullo nacional. El conflicto con México era la primera guerra

²⁹ *Democratic Review*, xxii (mayo 1848), p. 472; *National Intelligencer* (19 jun. 1848); *Banker's Magazine*, ii (mar. 1848), p. 576, y *New York Tribune* (7 mar. 1848).

³⁰ *New York Tribune* (26 feb. 1848), y *Washington National Intelligencer* (7 jul. 1848).

extranjera del país, peleada en tierra extraña y lejos de los centros de población. La extensa zona cubierta por las campañas militares y el difícil terreno sobre el cual ocurrieron muchas de las batallas, habían implicado serios problemas de provisión, comunicación y transporte. Por primera vez la nación se había visto obligada a reclutar, entrenar y equipar a un gran número de tropas voluntarias, y a desplazarlas rápidamente a las áreas de operación militar. La eficiencia con que se habían resuelto estos problemas parecía demostrar la energía y fuerza de la joven República.

Algunos críticos de la guerra concedían ahora que se había demostrado “que un pueblo [...] dedicado a las artes de la paz, poseedora de instituciones políticas libres, puede vencer a un pueblo militar, gobernado por déspotas militares”. La guerra, coincidían muchos, había generado un nuevo respeto hacia la “república modelo” y refutado de manera convincente a aquellos que alegaban que las repúblicas carentes de un poderoso gobierno centralizado no podían sostener exitosamente una guerra extranjera. El lenguaje del desprecio tantas veces pronunciado por los europeos, escribió el acaudalado comerciante republicano y neoyorquino Philip Hone, “ya no se oye; la pequeñas debilidades del hermano Jonathan quedan olvidadas al contemplar su indomable valentía”.³¹

Para los jóvenes estadounidenses la guerra con México marcó el avance de la juventud de Estados Unidos a la edad adulta. “El joven gigante del oeste” estaba ahora en “pleno resplandor de una exultante hombría”, aunque aún conservaba el entusiasmo, la audacia y el carácter emprendedor de la juventud. La guerra, de acuerdo con el historiador Nathan Covington Brooks, expuso ante el mundo el “poder y energía majestuosos, juvenil fresca de espíritu combinada con vigor viril”. Incluso los críticos de la guerra aclamaron la nueva combinación de la hombría con “el ardor y la actividad de la juventud”. Éste era un tema que tenía

³¹ [Hunt's] *Merchant's Magazine*, XVIII (abr. 1848), p. 463 y NEVINS, 1936, p. 869.

eco en la prensa popular, y como escribiera Cooper, “la nación”, había pasado “del cartílago al hueso”.³²

La transición pareció completa cuando a mediados de marzo de 1848, seis semanas después de que se firmara el tratado de paz y a menos de dos, luego de que lo ratificara el senado estadounidense, llegó a Nueva York la noticia de una revolución en Francia, la abdicación de su rey y la proclamación de una república. La noticia conmocionó a todo el país, y en las ciudades se realizaron manifestaciones masivas donde escritores, oradores y políticos tocaron las campanas fúnebres del absolutismo monárquico. Se tocó y cantó *La Marsellesa*, las tiendas desplegaron la bandera tricolor francesa y los hombres portaron gorros frigos.

El papel de Estados Unidos era inconfundible. “Esta república”, declaró el *New York Herald*, “es el modelo y ejemplo de los revolucionarios de Francia y de toda Europa”. Recién acabada la victoriosa guerra con México, comentaba otro periódico, “poseemos uno de los caracteres más elevados del mundo en este momento”. El nuevo prestigio y respeto ganados con la guerra habían impulsado a Estados Unidos hacia una posición de liderazgo en “la historia de la civilización y de la raza humana”. Se aseguraba que la revolución francesa era una consecuencia inesperada de la guerra con México. A George Wilkins Kendall, corresponsal en México durante la guerra y ahora transmisor desde París de comunicados para su periódico, le parecía especialmente apropiado que el aniversario de la batalla de Palo Alto se celebrara en la capital francesa.³³

El 4 de julio de 1848 llegó a la Casa Blanca la muy esperada ratificación del tratado por parte del Congreso mexicano, el mismo día en que, por festejarse la independencia estadounidense, se inscribió la dedicatoria en la piedra angular del monumento a Washington —una auspiciosa coincidencia. El discurso de la dedicatoria lo pronunció Robert C. Winthrop, dirigente del Partido Republicano,

³² DELEON, 1845, p. 25; BROOKS, 1849, p. 539, y COOPER, 1848, pp. vii-viii.

³³ *New York Herald* (19, 20, 21, 25 y 30 mar. y 11 abr. 1848) y *Littell's Living Age*, XVIII (29 jul. 1848), p. 238.

senador por el estado de Massachusetts y vocero de la Cámara de Representantes. Aquel día, indicó, no sólo se conmemoraba el logro de la independencia estadounidense, también se marcaba “la época precisa en la cual hemos llegado a la historia mundial”. Se acababa de ganar una guerra contra un enemigo extranjero, y se rendía tributo a “los veteranos de la línea y a los voluntarios” que estaban ante él. Winthrop mencionó las revoluciones que en ese momento sacudían a Europa, levantamientos populares en los cuales podían verse la “influencia de nuestras propias instituciones” y los “resultados de nuestro propio ejemplo. Las grandes doctrinas de nuestra propia revolución”, dijo, “se proclaman tan enfáticamente hoy en París, como se proclamaron hace hoy setenta y dos años en Filadelfia”.

Finalmente, Winthrop invocó el lenguaje de la joven América. La “gran locomotora de construcción estadounidense, ‘Liberty’”, declaró, “aún sigue su camino, sobre las vías de la libertad humana, sin obstáculos e intacta; juntando fuerzas a medida que avanza; desarrollando nuevas energías para cumplir con nuevas exigencias”, a una velocidad que “no conoce paralelo”.³⁴

Traducción de Lucrecia ORENSANZ

REFERENCIAS

ALISON, Archibald

- 1848 *History of Europe from the Commencement of the French Revolution... to the Restoration of the Bourbons*. Edimburgo y Londres: Blackwood.

ANDERSON, Hilton

- 1970 “Colonel Falkner’s Preface to the *Siege of Monterey*”, en *Notes on Mississippi Writers*, t. III (primavera), pp. 36-40.

³⁴WINTHROP, 1876, pp. 9-28.

ANDERSON, John Q.

- 1959 "Emerson on Texas and the Mexican War", en *Western Humanities Review*, t. XIII (primavera), pp. 191-199.

BANCROFT, George

- 1855 "The Office of the People in Art, Government and Religion", en *Literary and Historical Miscellanies*, pp. 408-435.

BLAU, Joseph L. (comp.)

- 1954 *Social Theories of Jacksonian Democracy, Representative Writings of the Period 1825-1850*. Indianapolis: Bobbs-Merrill, «American Heritage Series».

BROOKS, Nathan C.

- 1849 *A Complete History of the Mexican War. Its Causes, Conduct, and Consequences. Comprising and Account of the Various Military and Naval Operations, from its Commencement to the Treaty of Peace*. Filadelfia: Girigg, Elliot and Co.

COOPER, James Fenimore

- 1848 "Introducción", en *The Spy: A Tale of the Neutral Ground*. Nueva York: Hafner, pp. vii-viii.
- 1896 *Jack Tier, or, The Florida Reef*. Mohawk ed. Nueva York: Burgess Stranger.

CURTI, Merl Eugene

- 1926 "Young America", en *American Historical Review*, XXXII (oct.), pp. 34-55.
- 1946 *The Roots of American Loyalty*. Nueva York: Columbia University Press.

DELEON, Edwin

- 1845 *The Position and Duties of "Young American", An Address Delivered before the Two Literary Societies of the South Carolina College, December, 1845*. Columbia, Carolina del Sur.

DONIPHAN, Alexander

- 1848 *Addresses... before the Officers and Cadets of the United States Military Academy*. Nueva York.

DOUGLAS, Stephen A.

- 1853 *Congressional Globe*, Congreso 32, 2da. sesión, apéndice.

EMERSON, Ralph Waldo

- 1844 "The Young American", en *Dial*, IV (abr.), pp. 484-507.
 1846 "America in 1846. The Past-The Future", en *Democratic Review*, XVIII (ene.), pp. 57-64.
 1849 "War", en PEABODY, pp. 36-50.
 1988 "The Young American", en JOHANNSEN, p. 7.
 1989 "The Young American", en JOHANNSEN.

FISHER, Richard Swainson

- 1850 *Colton's Atlas of the World*. Nueva York: Johnson and Ward. 2 vols.

FROST, John

- 1848 *The Mexican War and its Warriors Compromising; a Complete History of all the Operations of the American Armies in Mexico*. New Haven: Manfield.

GILMAN, William H. *et al.*

- 1960-1978 *Journals of Ralph Waldo Emerson*, 14 vols. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.

GREELEY, Horace

- 1848 "The Age We Live In", en *Nineteenth Century*, I, p. 54.

HAWTHORNE, Nathaniel

- 1852 *Life of Franklin Pierce*. Boston: Tichnor, Reed and Fields.

JOHANNSEN, Robert Walter

- 1985 *To the Halls of the Montezumas: The Mexican War in the American Imagination*. Nueva York: Oxford University.
 1989 "Stephen A. Douglas and the American Mission", en *The Frontier, The Union, and Stephen A. Douglas*. Urbana: University of Illinois Press, p. 92.

JOHANNSEN Robert W. (comp.)

- 1988 *Democracy on Trial*. Urbana: University of Illinois Press.

LIVERMORE, Abiel Abbot

- 1850 *The War with Mexico Reviewed*. Boston: American Peace Society.

MACKAY, Alexander

- 1849 *The Western World; or Travels in the United States in 1846-47*. Londres: Philadelphia, Lea and Blanchard, vol. 1.

MANSFIELD, Luther Stearns

- 1938 "Melville's Comic Articles on Zachary Taylor", en

American Literature, ix (ene.), pp. 411-418.

MOTT, Frank Luther (coord.)

- 1941 *American Journalism: A History of Newspapers in the United States Through 250 Years, 1690-1940*. Nueva York: Macmillan.

NEVINS, Allan (COORD.)

- 1936 *The Diary of Philip Hone, 1828-1851*. Nueva York: Dodd, Mead and Co.

O'SULLIVAN, John L.

- 1839 "The Great Nation of Futurity", en *Democratic Review*, vi (nov.), pp. 426-430.
 1845 "Annexation", en *Democratic Review*, xvii (jul.-ago.), p. 5.

PEABODY, Elizabeth Palmer (comp.)

- 1849 *Aesthetic Papers*. Boston, Nueva York: G. P. Putnam.

PHILBRICK, Thomas

- 1961 *James Fenimore Cooper and the Development of American Sea Fiction*. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.

POE, Edgar Allan

- 1846 *Graham's Magazine*, xxix (dic.), p. 312.

POLK, James W.

- 1897 "Inaugural Address, March 4, 1845", en RICHARDSON, IV, pp. 373-382.

RICHARDSON, James D. (comp.)

- 1897 *Compilation of the Messages and Papers of the Presidents, 1789-1897*. Washington: Madison, 10 vols.

SOMKIN, Fred

- 1967 *Unquiet Eagle: Memory and Desire in the Idea of American Freedom, 1815-1860*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.

STAFFORD, John

- 1847 "Nationality in Literature", en *Democratic Review*, xx (mar.), pp. 264-272.
 1847a "Nationality in Literature", en *Democratic Review*, xx (abr.), pp. 316-320.
 1952 *The Literary Criticism of "Young America": A Study in the*

Relationship of Politics and Literature, 1837-1850. Berkeley: University of California Press.

STANTON, William Ragan

1975 *The Great United States Exploring Expedition of 1838-1842*. Berkeley: University of California Press.

TUCKERMAN, Henry T.

1845 "Alleghan, or Alleghanian America", en *Democratic Review*, xvi (mayo), pp. 492-494.

WARNER, Lee H.

1975 "With Pierce, and Hawthorne, in Mexico", en *Essex Institute Historical Collections*, t. cxi (jul.), pp. 213-220.

WHITMAN, Walt

1920 *The Gathering of the Forces* (editado por Cleveland Rodgers y John Black, 2 vols., Nueva York, 1920), I, pp. 32-33 y 46-47.

WINTHROP, Robert C.

1876 "National Monument to Washington. An Oration Delivered at the Seat of Government, on the Occasion of Laying the Corner-Stone of the National Monument to Washington, July 4, 1848", en *Washington, Bowdoin, and Franklin as Portrayed in Occasional Addresses*. Boston, pp. 9-28.

WOLCOTT, Roger (comp.)

1925 *The Correspondence of William Heckling Prescott, 1833-1847*. Boston y Nueva York: Houghton Mifflin.